

Anote nuestros 3
últimos éxitos

Número especial dedicado a
ÁNGEL GUIMERÁ

TIERRA BAJA

El sexto libro de la
BIBLIOTECA

Los Grandes Éxitos

Una mujer de París

y el tercer libro de la
COLECCIÓN DE
OBRAS MAESTRAS

Bajo las garras del oro

3 grandes éxitos de
LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA
¡NO LOS OLVIDE!

E. VERDAGUER MORESA-TOPETE, 19.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 106

25 cts.



EL PUÑO
DE ROSAS

por
Amalia Cruzado

FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción { Gran Via Layetana, 17
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 106

El puñado de rosas

Sentimental novela inspirada en la popular zarzuela del mismo título

Protagonista: **AMALIA CRUZADO**

Edición: **RAFAEL SALVADOR - Madrid**

Concesionario: **LOTSIR FILM (Juan Ristol)**
Pasaje Merced, 3 - Barcelona

Argumento de la película de dicho título

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
BUDDY MESSINGER

El cortijo de Las Palomas, enclavado en la pintoresca y feraz serranía cordobesa, era nido amable de las blancas aves que le daban nombre.

Bajo los ardores del sol estival, caían las mieses al empuje de la cuchilla segadora.

En el cortijo vivían:

El señor Juan, el cortijero, hombre de bien y viejo curtido por el trabajo y los aires de la sierra;

Rosario, su hija, gentil muchacha, cándida como las palomas que se posaban tranquilas y confiadas sobre sus hombros;

Carmen, prima de Rosario, ingenua coleccionista de novios de los que ya había perdido la cuenta;

Y, entre otros trabajadores:

José Antonio, un gañán que sería el más bruto de toda la serranía si no trabajase en el mismo cortijo el gato montés de su hermano, Tarugo.

En la ciudad, el señorito Pepe, de quien era el cortijo, no se preocupaba más que de la manera de divertirse con amigos despilfarradores como él y amigas amables que supieran hacer gastar a gusto...

Cierta vez, el mujeriego Pepe tuvo una mala aventura en un café y recibió una buena paliza, de la que salió herido.

Escarmentado por algún tiempo, el señorito

Pepe se vió obligado a decidirse a tomar el tren hacia la sierra, para restablecerse en su hacienda.

El señor Juan, Rosario y Carmen fueron a recibir al señorito, y éste, al verles, exclamó



Rosario, su hija, gentil muchacha, cándida como las palomas...

con intención que nadie comprendió:

—¡A la paz de Dios con la buena gentel
Ahora sí que estoy en grata compañía.

Mas su satisfacción iba única y exclusiva-

mente dirigida a Rosario quien, una vez, cruzándose su mirada con la del señorito Pepe, se sintió llena de rubor... y de deseos de engañarse para parecerle guapa...

Pasaron los días en apacible ritmo.

El señorito Pepe no descansaba en la tranquilidad del campo... pues su alma de galanteador había encontrado buena presa en la cándida Rosario.

Supo fingir tan hábilmente Pepe a Rosario un cariño que estaba lejos de sentir, que la muchacha, cayendo sin recelo en la red del engaño, se enamoró del truhán.

Fácil le fué a Pepe la conquista de Rosario, pues nunca el corazón de la campesina había-se emocionado al caer en él el eco de unas palabras de amor...

Nadie sospechaba las relaciones existentes entre aquéllos y, para evitar la murmuración si el secreto se llegara a saber, Pepe dijo cierto día a Rosario:

—Que no sepa nadie que nos queremos y, pa que no lo reparen, hazle cara a cualquiera, al más bruto... a Tarugo mismo.

Rosario prometió seguir el consejo de Pepe y, al separarse de él cerca de la hacienda, se encaminó hacia donde contaba encontrar al que iba a ser su pobre víctima porque era un pobre hombre.

Carmen, por su parte, parecía dispuesta a

continuar, con José Antonio, la lista de sus novios. «¡No está mall!», pensaba la coleccionista.

Al llegar Rosario cerca de Tarugo, éste se preguntaba por qué milagrosa casualidad es



Fácil le fué a Pepe la conquista de Rosario...

taba allí aquélla y no osaba mirarla.

Nacido y criado en la sierra, avezado a las rudas labores del campo y sin haber salido de él para ampliar su restringido espíritu, burdo

como una vara sin desbatar, Tarugo no podía ser más que lo que era: un salvaje vestido de hombre. Pero su salvajismo no consistía en hacer daño a sus semejantes, sino en su comportamiento con todos. No tenía palabras, ni



Nacido y criado en la sierra, avezado a las rudas labores del campo, Tarugo...

maneras, ni nada. Sin embargo, muchos hubieran querido su alma.

Rosario no se había fijado nunca en la bon-

dad que, cuando él la miraba, sin que ella le viese, brotaba por sus ojos.

Esa bondad era uniforme tratándose de Rosario, de quien el mozo ignorante y analfabeto andaba profundamente enamorado.

Todo, campos, cielo, mocitas y riquezas, todo era insignificante para Tarugo, comparado con el tesoro que valía, para él, Rosario.

Amor sublime el suyo... Amor de plebeyo por una reina... ¡Triste amor!

Ella, la adorada en silencio, no advirtió nunca la pasión de Tarugo, y por eso—pues de otro modo no lo hubiera hecho Rosario—le eligió a él para que la cortejase, y plantarlo, sin explicación ninguna, cuando mejor le conviniera.

En esta ocasión, Rosario iba a pecar inconscientemente, sonriendo con falsía a un buen muchacho que tal vez creería en la correspondencia, por parte de ella, a su oculto amor, pero pecaría, no por instinto de coquetería, sino por imposición de una voluntad que la dominaba: Pepe.

Ella misma se admiró al comprobar cuán rápido había sido el enamoramiento de Tarugo, a quien apenas le habló tres palabras y le miró dos veces.

Satisfecha de haber dominado al bruto desde el primer momento, Rosario puso toda la fuerza de su amor propio en vencerle,

Pero Tarugo se le escapó repentinamente.

Había sorprendido, no lejos de sí, a un vagabundo robando nidos de tiernos pajarillos y fué a castigar al desalmado que iba a cometer tan necia crueldad.

El mendigo soltó su presa en el acto y de milagro se libró de algunos mamporros más de Tarugo, que tenía la mano dura.

Rosario alcanzó a Tarugo y, como presenciara su generosa acción, le felicitó y le tendió su mano.

Tarugo, desconcertado, consideró aquel premio de ella muy excesivo para él, y sólo supo postrarse de hinojos ante ella para besar sus manos con adoración.

Todo salía a pedir de boca... «Pepe estará contento» —pensaba Rosario.

Al día siguiente, había fiesta en el campo y en ella triunfaban las dos flores más bellas de la serranía: Rosario y su prima Carmen.

Y hubo procesión...

Cara a la Virgen, Rosario parecía pedirle cariño y protección.



El señorito Pepe, dispuesto a distraerse continuamente, buscaba con su criado Frasquito los placeres de la caza.

Y al saludo que el señor le dirigió aquella mañana en lo alto de la Pinuesa, correspondió avisándole que iría a comer al cortijo.

En la alegría mañanera apagaban el rumor del agua de la concurrida fuente los cantos y las risas de las mozas del lugar.

Pero faltaban junto al arroyo rumoroso las dos mejores mozas... Rosario y Carmen.

Pero no andaban lejos de él...

De pronto oyóse el cantar quejumbroso de una gitana que pregonaba al viento sus penas:

Ahí va por *er* mundo *roando*

la *probe* gitana

que *er* destino de todos augura...

¿Quién *quíe* que le diga

la buenaventura?

Rosario, que ansiaba querer y ser querida del mismo modo por el señorito Pepe, buscó la seguridad absoluta del cariño de Pepe en los vaticinios de la adivinadora errante:

Y le tendió la mano derecha.

Y dijo la gitana:

—Esta raya de la mano,
capuyito de azucena,
quíé decí que dos morenos
 por tí se mueren de pena.

A lo cual objetó Carmen:

—Eso el otro día me lo dijo a mí.

La gitana prosiguió:

—Pero no te apures, niña,
 que esta raya me asegura
 que un marqués la mar de rico
 se ha *prenda* de tu hermosura.

Las muchachas de la fuente se habían acercado a Rosario y cuando oyeron el augurio de la gitana dijeron a aquélla en son de mofa mal cubierta:

—¡Un marqués nada menos,
 qué atrocidad!
 Me alegrito de verla
 tan regular.

Marchóse la gitana, y Carmen, que vió el gesto de enojo de Rosario ante la burla de las mozas, le aconsejó:

—No les hagas caso;
 son ganas de hablar.

Rosario, disgustada aunque lo disimulara, replicó:

—Yo qué he de hacer caso
 de esas *condenás*.

Siguieron las mozas cuchicheando entre ellas y hasta el fino oído del señor Juan llegaron

palabras con doble intención respecto a Rosario.

—Se burlaban de ella, ¿verdad?—preguntó a Carmen apartada de su hija.

No esperó el señor Juan que Carmen procurase ocultar el motivo de las chanzas de las mozas en cuanto veían a Rosario, sino que se puso muy furioso y murmuró que Tarugo—pues de él había oído hablar cuando se hablaba de su hija—se las iba a pagar.

—¿Qué va usted a hacer?—preguntóle, inquieta, Carmen

—Tú a callar; yo sé lo que me hago.

Rosario ya iba camino del cortijo, mientras su padre buscaba a Tarugo para hablarle.

Carmen, previendo lo que iba a pasar, dijo para sí:

—Mi tío va a despachar a Tarugo y detrás se irá su hermanillo chico, pero yo no me quedo sin mi novio. José Antonio es fino, guapo, garrido, esbelto... y si no a la vista está... ¡Qué figura para una pandereta!—añadió al ver aparecer al héroe de su última ilusión.

—¡Carmencilla!—gritó el gañán al ver a su pasión.

—Muy oportuno llegas, José Antonio. Tenemos que hablar de un asunto muy serio.

—¿Qué es, Carmencilla de mi vida, vamos a ver?

—Pues *ná*; que mi tío Juan se ha *enterao* de

que tu hermano Tarugo le hace el amor a Rosario... y lo va a echar del cortijo hoy mismo.

—¿Que mi hermano quiere a Rosario, dices? ¡Por vida de mi sangre, nos ha perdido ese bestia!

—¡Mírale; por allí viene!

—Sí, es él... Déjame solo con él... Tarugo es bueno, pero es bruto... Como no me haga caso... ¡él es bestia, pero verás tú su familia!

Carmen se esfumó en el acto, pues Tarugo ya estaba cerca de ellos.

—¡Hola, hermanito! —saludó José Antonio— ¡Vaya *una caló*, camará!

José Antonio no sabía cómo empezar a tratar aquel delicado asunto con su hermano, pues también tenía su corazón.

Tarugo seguía su camino hacia el cortijo y José Antonio fué tras él.

—¡Pero qué mal repartidas están las cosas, hombre! ¿Por qué no habrás sacao tú la mitad del talento mío?

Tarugo no hacía caso a su hermano y no se detenía en su caminar.

—Te digo que hace allá arriba un airecillo caliente que parece que el sol echa el aliento —desembuchó, al fin, Tarugo.

—Y yo, ¿sabes lo que te digo? Pues que el señor Juan se ha *enterao* de que quieres a Rosario.

—Mejor...

—¿Mejor? ¿Pero tú te has propuesto que el señor Juan nos eche a la perra calle?

—El señor Juan a mí no me dice nada, porque si me dice, le voy yo a contestar muchas cosas.

—¡Pues míralo! Hacia nosotros se dirige.

En efecto, el señor Juan los iba a alcanzar con algunos pasos más que diera.

—¡Te digo que *hase una caló!*—cambió de conversación José Antonio al sentir echárseles encima el señor Juan.

Este, con rostro severo y mirando en los ojos a Tarugo con aire de amenaza, le habló así:

—Escucha, tú, me alegro de verte. *Acobijo*, jornal, estima, todo eso has *encontrao* en mi casa y a la vera mía. ¿Y cómo me pagas? De una coz, como las mulas falsas: ¡mirando *pa* Rosarillo!.. Pero si vuelves a alzar tu vista hacia ella, te agarro de la cruz de los calzones y vas de cabeza al barranco... ¿Lo oyes, animal? ¿Lo entiendes? ¡Y no te despacho ahora mismo por lástima de tu madre!

Dicho esto, el señor Juan se marchó muy agitado.

—¡Y que sí que *hase mucha caló*, tú!—disimuló José Antonio con su algo de malicia.

—¡Maldita sea!—murmuró Tarugo.

—Mucho esperaba yo que le dijeses, pero de

tanto como le has dicho no te creía capaz. Y tú no has *reparao* en que tenía canas ni *ná* —añadió José Antonio con guasa.

Y raro fué que el bruto no diese un manotazo a su hermano.

Poco después, Tarugo, que se había separado de su hermano, encontró a Rosario con Carmen.

—¿Serías tú capaz de hacerme un favor?— preguntóle aquélla para convencerse de que él era suyo por completo.

—En un minuto—contestó Tarugo.

—Y si fuera muy *difísil*, muy *difísil*...

—En dos minutos.

—Pues mira, como por aquí los rosales no han brotado todavía, quiero ver cómo te las arreglas para traerme un *puñado* de rosas.

—Si las hay en el mundo, sí; y si no, soy yo capaz de estar echando el aliento a los rosales para darles *caló* hasta que florezcan.

— ¡Pobrecillo, qué bueno es!—exclamó Rosario al ver marchar a Tarugo.

Carmen asintió, sinceramente sorprendida.

Luego, las dos mujeres regresaron a su casa. Rosario, entonces, sintiendo la necesidad de confidenciarse con alguien, dijo a su prima:

—Si tú no fueras más *atolondrá* que un pajarillo nuevo, yo te contaría mis penas.

—¿Pero tú tienes penas?

—¿Tú crees que yo quiero a Tarugo?

—¿Entonces a quién?

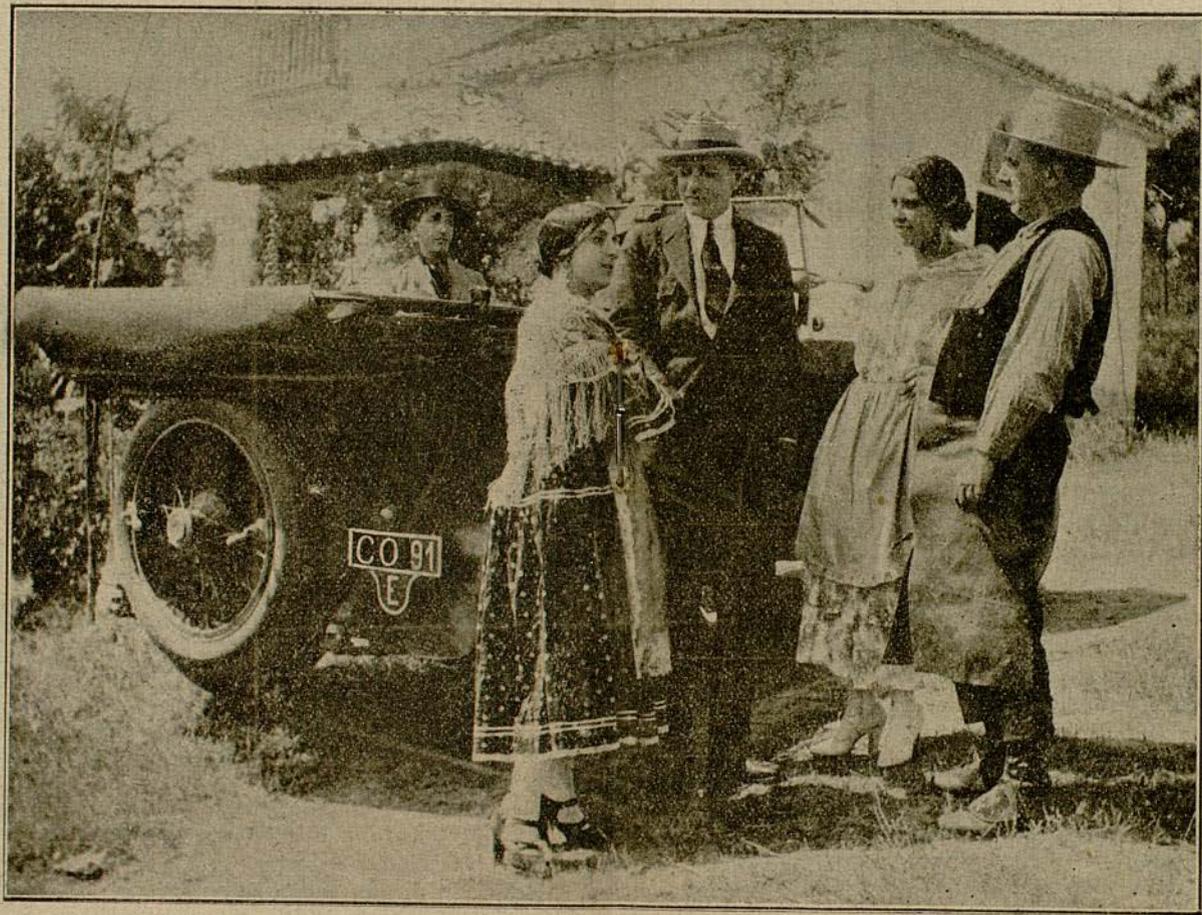
—Pues... al señorito Pepe.

—¿Al señorito? ¡Virgen del Amparo! ¡Me dice el corazón que por ahí te van a venir penas muy negras!



El era, el señor Juan, en efecto.
Se le había pasado el malhumor...

—¡Chist, cállatel... Disimula... Es padre...
El era, el señor Juan, en efecto.
Se le había pasado el malhumor de antes.



—¡A la paz de Dios con la buena gente! Ahora sí que estoy en grata compañía

Sin embargo, aun quedaban algunos rescoldos, los cuales se apagaron con la tranquilidad que aparentaba Rosario.

¿Quién dijo que mi hija, ese cacho de sol, se había enamorado de ese animalote de Tarugo? ¡qué necedad! —reconoció interiormente.

Tarugo, entretanto, supo por su madre el empleo que había dado a las rosas tempranas que brotaron en el jardín aquella mañana, y se decidió a tomarlas de donde estuvieren para llevárselas a Rosario.

Al poco rato, con el *puñao* de las apetecidas flores, volvió Tarugo a encontrar a Rosario con su prima.

—¿He *tardao* mucho, Rosario?

—Al contrario, Tarugo.

—Toma las rosas que me pediste. ¿Te gustan?

—¡Jesús, qué preciosas!

—Capullo las cojí; sabían que venían camino de tu pecho y se han abierto todas.

—¿Y de dónde las cojiste?

Aquí se quedó mudo Tarugo.

—Si no me lo dices, no las quiero—insistió Rosario.

—Pues... las he robado para ti.

—¿A quién?

—... A la Virgen...

Rosario se emocionó.

—¿Has sido ladrón por ella?—dijo Carmen admirada.

—Pues vaya una cosa, ¡y asesino sería!

Rosario no se atrevía a aceptar aquellas flores sacrílegas.

Pero Tarugo le salió con ingenuas razones.

—Anda, mujer, guárdatelas—le dijo—; si yo sé que la Virgencita me ha *perdonao*. Desde que era pequeñito, me vé rezarle. ¡Figúrate tú si me querrá!

Y Rosario, convencida, le contestó:

—Pues muchas gracias.

—¿De qué? ¡Si te daría mi sangre!

Rosario y Carmen se alejaron por un lado, y Tarugo lo hizo por otro.

La primera murmuró a Carmen, que compadecía a Tarugo:

—¡Me ha *dao* miedo ese hombre!

Al llegar frente a su casa, Rosario puso en la ventana las rosas del mozo que ella engañaba, y Carmen entró en aquella a sus cosas.

Rosario advirtió de lejos a Pepe y salió a encontrarle.

Tarugo, que también había visto al señorito Pepe, se extrañó de que estuviese por allí a aquella hora, solo; e impelido por la curiosidad se detuvo a comprobar lo que iba a hacer.

Y vió, con el asombro más extraordinario que se haya reflejado en un rostro humano,

cómo el señorito y Rosario hablaban misteriosamente.

Se acercó con sigilo a ellos cuanto pudo, y percibió lo que decían:

—¿Quieres seguir la farsa con Tarugo?—le preguntaba Pepe a Rosario.

—No sé, no sé, Pepe...

—Esto se ha de acabar, mujer... Si me quieres, me seguirás cuando yo te lo diga... No seas tonta, Rosario de mi vida.

—Por tu cariño, Pepe, la salvación... Pero irme de aquí, dejar a mi padre...

—¡¡Dí que sí! ¡Dí que te irás conmigo!

—No sé, no sé, Pepe... Déjame pensarlo...

—¡¡Dí que sí, gloria mía! ¡Dí que sí!

—Sí... ya veremos... déjame ahora...

Presa de desconocida turbación, Rosario entró en su casa y se dejó caer en una silla junto a una mesa sobre la cual descansó sus brazos y ocultó su rostro en sus manos.

Fuera, Pepe se prometía la victoria asegurándose:

—¡Esto es hecho! Me la llevo esta noche, y un mes en Córdoba, otro en Sevilla, y luego suelto la paloma camino de su nido, y entonces para Tarugo.

El bruto, roto su corazón puro y blando como el de un niño, escupió esta frase contra Pepe en el fondo de su ser:

—¡Maldita sea la sangre tuya, ladrón!

Y el pobre mozo, desengañado miserablemente, sentóse, abatidísimo, en una piedra del camino, y lo que jamás supo hacer brotó espontáneamente de su alma, por sus ojos: ¡lloraba!

José Antonio, que tropezó con su hermano, exclamó:

—¡Tarugo! ¡Tarugo! Pero ¿te has dormido?

Tarugo miró a su hermano y no le respondió nada.

José Antonio, descubriendo las huellas del llanto de aquél, inquirió con inquietud:

—¿Qué tienes tú? ¿Qué es eso? ¿Lloras?

Tarugo quería negar... mas el dolor era más fuerte que su deseo.

—¿Fué el señor Juan la causa de tu llanto? Dímelo, porque él es el amo y tiene mi pan, pero tú tienes mi sangre, y como haya sido él...

—Calla, calla, José Antonio...

Por su parte, el señor Juan, habiendo sorprendido a Rosario en alarmante tristeza y meditación, atribuyó la causa de ellas a Tarugo, y de nuevo la cólera contra el osado le cegó:

—¡A ese bribón le voy a matar!

—¡Padre, que no ha sido él!—protestó Rosario.

Mas el señor Juan salió en busca de Tarugo y, como éste no estaba lejos del cortijo, pronto lo hubo alcanzado.

—¡Puedes gloriarte de haberle *roba*o el so-
siego a mi hija!

Tarugo no salió de su mutismo.

—¡Maldita sea! ¡Por qué te callas! ¡Vete, ve-
te de aquí! ¡Fuera de mi casa, granuja!



—¿Qué tienes tú? ¿Qué es eso? ¡Lloras!

José Antonio, atónito, se preguntaba si ese
hombre que parecía falto de energías era su
hermano, el bruto de siempre.

El rumor de las voces que daba el señor

Juan, que estaba fuera de sí, atrajo al señorito
Pepe, quien intervino en la disputa.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Qué pasa?

—Si me da usted licencia yo diré lo que pa-
sa aquí—dijo Tarugo resuelto a hablar.

—Dí lo que sea —accedió Pepe.

—Pues pasa que yo quiero a Rosarillo con
toda mi alma, pero como uno es pobre... El
señor Juan la quiere para mejor mano. Pero
dígame usted, señorito Pepe, al señor Juan, que
mientras viva este salvaje de Tarugo, de esta
casa no se la lleva *naide*.

—¿Qué es eso?—objetó Pepe al mozo obser-
vando en sus palabras una amenaza que iba
recta a él—. Como me faltes al respeto, te cru-
zo la cara.

—¡Y yo le parto a usted el corazón!

El señorito Pepe, que sabía que alguien le
guardaba las espaldas, hizo el gesto de aba-
lanzarse a Tarugo, mas el señor Juan, que co-
nocía la mala sangre del bruto, a malas, se in-
terpuso entre los dos.

Tarugo, arrogante y retador, remachó lo que
dijera:

—Dicho está lo dicho para que todos lo
oigan. Mientras yo viva, a esa mujer no se la
lleva *naide* de aquí, ¡*naide*!

*
**

Despedidos del cortijo, Tarugo y José Antonio emprendieron la marcha hacia la casita de su madre.

Y decía éste para distraer a su hermano:

— ¡Camará, qué *caló hase!*

Y recibió, en pago, un *tarugaso* que de poco rodó por el barranco abajo.

Inopinadamente José Antonio no vió más a Tarugo y se pasó la tarde buscándolo por todas partes.

— Ese nos hace una... Es preciso que lo encuentre —decíase el mozo.

Y no era que la tierra se lo hubiese tragado sino que, fijo su pensamiento en una noble acción, Tarugo rondaba, escopeta cargada debajo del brazo, el cortijo de Las Palomas, como buen guardián.

También Rosario tenía una idea fija: lo que pudiese ocurrir desde el momento de su fuga.

Después de la escena con Tarugo, el señorito Pepe dijo a Rosario:

— A las nueve, cuando duerman todos, sales hasta la vereda del barranco; yo te seguiré de cerca... Allí estará Frasquito con la jaca... Y

huiremos hacia la ciudad que es la libertad y el placer.

Al caer las sombras de la noche, después de la cena, el señorito Pepe organizó una fiestecita al terminar la cual susurró al oído de la cándida muchacha:

— A las nueve... No faltes... Verás luego como todo se arregla... Consentirán mis padres...

— ¿Pero llegaría yo a ser tu mujer?

— Pues claro... ¡Hasta luego, reina mía!

Carmen oyó algo y olió gravedad en aquel misterioso diálogo.

— A las nueve dijeron... ¿Qué van a hacer?... ¡Yo no me duermo esta noche!

Poco después, el cortijo se entregaba plácidamente al reposo.

José Antonio rompió el encanto del silencio llamando a la puerta de la casa del cortijero.

— ¡Señor Juan! ¡Soy yo, señor Juan!

— ¿Qué quieres tú?

— Dispense, señor Juan. Es que estoy intranquilo porque no veo por ninguna parte a mi hermano... Tarugo es bueno... pero...

— ¿Bueno tu hermano? ¡Un granuja, que venía por Rosarillo y por mis cuatro cuartos! ¡Un mal nacido! ¡Ese es tu hermanito!

— ¿Ese es mi hermanito?

— Ese es tu hermanito.

José Antonio se mordió los labios de des-

pecho y continuó sus pesquisas por dar con Tarugo.

Este apareció sin que nadie le hubiese visto, cerca de la casa del señor Juan.

—¡Naidel! ¡Tó está tranquilo! —comprobó.

Cual un centinela de avanzada, el engañado mozo oteó todos los senderos, y ardía en deseos de cazar al gavilán del cortijo de Las Palomas.

El señorito Pepe, con la sonrisa en los labios, apareció a pocos metros de la casa de Rosario y se detuvo en la sombra de unos frondosos árboles.

Tarugo respiró con fatiga y dijo entre dientes:

—¡Por la *sagra* memoria de mi *pare*, no te la *yevarás!*

Ageno a la vigilancia de Tarugo, el señorito Pepe consultaba su reloj.

—Ahora a esperar a las nueve. ¡Dios quiera que Rosario no se arrepienta! ¡Buen *bocao* me llevo por cuenta de Tarugo!

Este, presentándosele como de milagro, saludó:

—¡Buenas noches, señorito!

—¡Eh! ¿A qué vienes aquí?

—Busco lo que usted quiere que se pierda: la honra de una mujer.

—¿Quién te manda meterte en los asuntos de tu amo?... ¡Aguarda, granuja!

—Aquí no hay amos; aquí no hay más que dos hombres y un rencor muy grande.

—Por Rosario vengo, sí.

—Pues váyase a Córdoba, porque así no se la *yeva*.

—¡Pues la vida te va a costar!

—Es usted poca cosa para este bruto como todos me llaman. ¿Con qué autoridad ha cogido usted el corazón de un pobre, lo ha hecho pedazos y lo ha tirado a los perros?

Pepe intentó hacer frente a Tarugo, mas éste lo derribó al suelo y le encañonó la escopeta en el corazón.

—A Córdoba, señorito, o por la honra de mi madre que le dejo a usted *clavao* en ese mismo sitio!

—Déjame.

Rosario, que había presenciado aquello, se arrojó, avergonzada, a los brazos de su padre cuando éste, con Carmen que lo puso sobre aviso, apareció para ver a donde iba su hija con el señorito Pepe.

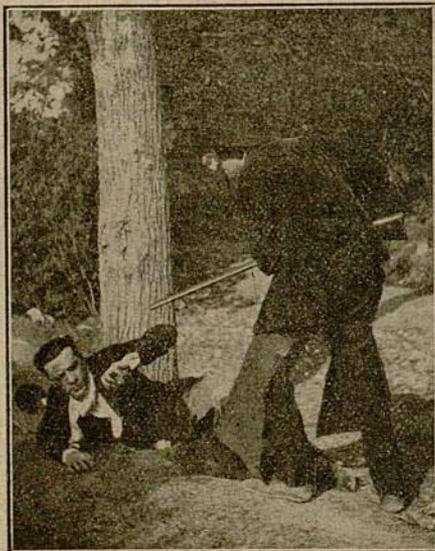
Este, humillado y desenmascarado por un bruto con una nobleza infinita, se había levantado del suelo y dicho a Tarugo, alejándose sin osar mirar a Rosario:

—Me voy, pero maldita sea mi sangre si no me las pagas. ¡Míralas!—y besó la cruz que formó con dos dedos.

—¡Así! ¡A Córdoba! ¡Solo!

—¡Perdón, padre, perdón!—imploraba Rosario al señor Juan que lo comprendía todo y se arrepentía de haber tratado tan duramente a Tarugo.

—¡Gracias, muchacho, gracias... y perdóna-



—A Córdoba, señorito, o por la honra de mi madre que le dejó a usted *clavao* en ese mismo sitio.

me! Anduve equivocado...

—¡Deje usted, no le hace! Tarugo es un pe-

dazo de bruto que ni siente ni padece. ¡Adiós, señor Juan!

Rosario lloraba. Su arrepentimiento era tan inmenso como sincero.

A Carmen también se le humedecían los ojos.

¡Pobre Tarugo! ¡Quién podía quererle de verdad... si era tan feo!

—¿Dónde vas, Tarugo?—preguntóle el señor Juan.

—A lo más alto de la sierra, a elevar mi corazón, ¡y a devolver las rosas que le robé a la Virgen!—contestó Tarugo cogiendo el *puñao* de esas flores de la ventana de la casa de Rosario.

—¡Adiós para siempre, Rosario!—dijo aún Tarugo para demostrar que le perdonaba el mal que le había hecho.

Y fue subiendo hacia la sierra.

Rosario y el señor Juan le contemplaban en silencio reprochándose su maldad.

José Antonio, entre indignado y presa de honda emoción, dijo, señalando a Tarugo:

—¡Señor Juan; ese, ese es mi hermanito!

Y también él se separó de ellos, para correr al lado de Tarugo, abrazarlo efusivamente y juntar sus lágrimas con las que se deslizaban por las toscas mejillas de su hermano.

*
**

Tarugo devolvió el *puñao* de rosas a la Virgen, y ésta las recibió con un perdón tan generoso como el alma del hombre rudo que las depositaba a sus pies.

FIN

Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido a la previa censura militar.

Próximo número
Extraordinario

Sábado, día 30 Agosto

La sin rival novela cinematográfica

El Milagro

Creación de los mimados
y sorprendentes artistas

Betty Compson, Thomas Meighan y
Lon Chaney, entre otros

REAL PROGRAMA AJURIA

Asunto que conmovió a todos

20 fotografías - 64 páginas

Postal-fotografía:

LOIS WILSON

Precio: 50 Céntimos

Compre el mismo **Sábado**, día **30**,
este número excepcional

Los dos últimos éxitos editoriales
lo han constituido:

Bajo las garras del oro

tercer libro de la
COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

y

UNA MUJER DE PARIS

sexto libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

EDICIONES DE

La Novela Semanal
Cinematográfica

DE VENTA EN TODAS PARTES

Precio de cada libro: Una peseta